

joven con cierto aire de languidez. Sus ojos abiertos, no se fijaron aparentemente en nada, parecían no mirar y sin embargo, nadaban en ese fluido vivificante de la vida, la simpatía y la expresión. Las pupilas estaban dilatadas, húmedas y brillantes. Los párpados agitados por imperceptible temblor nervioso. El sueño magnético y el estado sonambúlico, no se revelaban en ella por ningún síntoma.

IX.

Era alta, esbelta, airosa, con la gallardía desenvolviéndose en formas admirables por su morbidez: el tipo acentuado, provocativo, voluptuoso, la curva de los senos indicando el vigor de la virginidad y sobre el busto escultural un cuello en que se veía la inyección de las venas con la sangre y la fuerza de su vida. El rostro oval, la color moreno-pálida, semi dorada, las cejas arqueadas, los ojos grandes, negros, con la figura de la almendra y las pupilas dilatadas, radiantes y magníficas; las orejas pequeñas, semicubiertas por ondas de cabellos negrísimos y rizados que imitaban esa finura de la seda que tiene el gusanillo, la frente

tallada y como burilada por el trabajo de las ideas, pensativa y a la vez pensadora y cubierta también por ondas que formaba lo delgado del cabello; la boca roja, húmeda, fresca, incitante, levemente entreabierta, hecha por el arte inagotable de la naturaleza para recibir besos, labios creados para las caricias que cubrían con el granate que copiaban, una alba luminosa, naciente en el esmalte abriollantado de una dentadura apenas visible por su pequeñez; la nariz recta, fina, transparente, con las ventanas dilatadas como si se moviesen al impulso de fatigoso anhelo y este como entrecortado por el ansia de una pasión. La juventud radiaba y se desprendía de aquel cutis finísimo, bajo del cual se veía circular la sangre encendiéndola de color y generando el incopiable brillo de la vida.

¿Habeis admirado alguna vez esos tipos dibujados por la exaltada fiebre, del genio en Leonardo de Vinci, por la delicadeza de la inspiración en el Correggio, por las tintas inimitables del Giotto en sus angélicas cabezas y por aquella maestría y corrección empleadas por el inmortal Rafael, para copiar con el deseo siempre candente de su espíritu, á la virgen de la Silla? Si os habeis deleitado contemplando algunas de esas obras maestras, creadas por la exaltación que la belleza de la mujer ha despertado en ciertos cerebros, hu-

biérais admirado aquel rostro virginal y adorable en que parecía haberse copiado á la *Fornarina*, esa encarnación de la hermosura del ideal de un génio, con un tono más fino, mayor delicadeza de perfiles y ese colorido inimitable que tiene la carne en este clima ardiente en que la primavera es eterna y en el que las mujeres poseen al ritmo en sus movimientos, á la música en sus palabras, á la voluptuosidad en su mirar, á las gracias en sus actos y á la poesía entusiasta, fogosa y apasionada en sus melancólicas ideas y en su arrobadora inspiración.

Era la *Fornarina* pero criolla. Un tipo casi indígena, casto, vigoroso, ardiente. La palidez conmovida parecía provenir del ensueño. La color del deseo. El brillo del cutis de las caricias de nuestro sol tropical. Véanse las ideas arder en aquellas pupilas, enombrecidas por largas, rizadas y sedosas pestañas. Adivinábase el exceso de la vida producido por el exceso de la pasión, pasión presentida y deseada, amor soñando los besos, virginidad enérgica que anhclaba el placer no comprendido aún. Era un capricho del arte creado por la juventud. Armonía suprema de la belleza en el conjunto. Idealización sublime de la forma, que provoca y atrae y fascina, despertando el deleite y aniquilando al espíritu. Sueño engendrado por el deseo no satisfecho que provoca

esa ansia sin nombre, en la cual el corazón se asfixia por lo precipitado de sus latidos y en la que el pensamiento, parece como que se exalta hasta el delirio en fuerza del vigor invertido en el llamamiento ineludible de los sentidos. Era la belleza criolla americana, con la valentía de las curvas vírgenes, con sus líneas esfuminadas entre la luz dorada de nuestras diáfanas mañanas, con esa melancolía dulce y poética de nuestras tardes esmaltadas por la riqueza de sus iris, con la apacibilidad y ruidosos sueños de nuestras noches, opulentas en innúmeros celajes de estrellas. La vírgen en todo su esplendor. El deseo cobrando forma de delirio. La joven con las pupilas llameantes, expresando ese himno de la vida, al que se llama juventud, en esa forma de la caricia suprema, á que se llama el beso. La estrofa balbutida pero de una manera indistinta, vaga, melodiosa, por esa onda de la vida á la que llamamos mujer y la cual no es más que el eterno ritmo, la enloquecedora expresión de la forma y la elocuente imagen de nuestras más intensas aspiraciones. El alma evaporándose en creación y el pensamiento reducido á vida. Eva, pero indiana, tal era aquella vigorosa encarnación de amor.

Pero su belleza era débil, si no la hubiese completado una mirada como antes he dicho, lánguida, vaporosa, húmeda, que hacía apare-

cer el brillo de las pupilas como azuladas. Veíanse en aquellos discos negros, todos los esplendores de los cielos. Vivo fulgor parecía iluminar sus desconocidas oscuridades. Los misterios de las constelaciones, brillaban en aquel negro profundo y aterciopelado, que por momentos parecía cambiarse en intenso color azul turquí.

La mirada habla. Esto no es una figura de retórica, no es un modo en el decir, no es un forzamiento en la dicción. La mirada habla y todos los pensamientos como todas las pasiones, pueden expresarse con los ojos. Aquellas pupilas hablaban y hablaban con irresistible elocuencia.

Los ojos de aquella mujer traducían el espíritu, es decir, sus pasiones.

Veíase el alma soñadora, candorosa, apasionada, alma de niña en las pupilas virginales de la mujer, velábanse de pronto como con vaporosa nube causada por el deleite y adormíanse, como si el sueño hiciera bajar sus sedosos y transparentes párpados. Las lágrimas hubieran engendrado en aquellos ojos soberbios, una mirada creadora. En ciertos momentos, la mujer tiene por instantes tan solo, la mirada candente y extraviada del génio. Le basta para ello..... querer.

Era la mirada de una loca, magnífica, volcá-

nica, radiante, loca pero de inspiración, loca de génio.

Adivinábase una tempestad de pasiones en el interior de aquel espíritu, océano tormentoso que se agitaba convulsivamente, por el soplo del deseo. Brillaba en sus ojos el talento, creando serie no interrumpida de imágenes, que se cruzaban con vertiginosa rapidez. Una llama divina parecía iluminarla y esta no era producida por el fuego de la voluntad sino por el brillo deslumbrador, que como en los astros despierta la aspiración del ideal. Era la mirada suprema de una alma en agonía, de una alma que lucha por desprenderse de este mundo de barro, de una alma que se levanta y que anhela las alas, para fundirse en misterioso é indefinible beso, con ese océano de tiempo al que llamamos eternidad.

No era la belleza únicamente sensual, rica en formas y provocadora de sensaciones; era la belleza sujeta á todas las reglas de la estética, correcta, armoniosa, idealizada en sí misma, haciendo ondular la delicadeza de sus perfiles en líneas luminosas y con los contornos vagos por su suavidad. La cabeza levantábase erguida sobre el busto escultórico y la frente, frente de reina, parecía como destelleante por el reflejo interior de la inteligencia. Si hay ojos que hablan, existen frentes que se ven pensar.

Cubríala uno de esos vestidos vaporosos, formados con esa muselina que parece tomar la transparencia y el color de ciertos celajes, aplicada por el capricho de las imaginaciones femeniles, para exaltar los sentimientos poéticos que saben producir. La aurora esfumínase entre nubes. El tono encendido de la carne déjase sospechar y se descubre velándose pudorosamente. La vida parece comunicarse y animar al lienzo. La dureza de la forma se pierde desvaneciéndose entre rosadas transparencias. Ciertas hermosuras poseen algo como ese tinte pálido del alba que se anuncia con vagos resplandecimientos. La corrección exáltase en el ensueño.

Los perfiles pueden ser finos, y sin embargo encerrar en sus líneas la más exhuberante morbidez. El arte en esos casos se halla tanto en la delicadeza como en la energía. El vigor del semblante está en la expresión. Su movilidad genera la gracia. Fluido invisible espiritualizaba aquel conjunto. Cleopatra es la hermosa brusca. Frinea, la belleza espléndida. Ambas deslumbran y se imponen por la belleza de la forma, pero en ninguna de las dos se encuentra el atractivo del misterio y de la poesía. Esas concepciones carecen de aquella delicadeza, de aquella espiritualidad que tienen las melancólicas creaciones del Norte. En la mujer del mediodía, la gracia completa, el conjunto. El arte

griego, cuna del arte itálico, da el tipo, tipo acentuado, tipo en el cual se concentra el tono vigoroso de la belleza meridional. En casi todas las razas del Norte la belleza se identifica con la idealidad. En aquella mujer mezclábase ó parecían mezclarse la esencia de ambas. Era un trasunto del ideal, delineándose débilmente entre pálidas neblinas y coloreándose con un toque violento, brillante y enérgico; mujer entrevista como algunas creaciones de la mente soñando entre movibles celajes é iluminada repentinamente como aquella lo estuvo, con un rápido rayo de sol.

Admirábase la encarnación de una alma, pero su encarnación real, palpable, visible.

Puede describirse la belleza más ó menos perfecta, pero lo que es incopiable es su expresión. Esta es la lucha eterna contra el arte. El escultor copia ó crea la corrección de la forma; el pintor la maestría de las líneas y el colorido; el poeta las ideas, los sueños, las pasiones; pero ninguno de los tres puede arrebatarse el misterio de la vida para trasladarlo á la madera, al mármol, al bronce, al lienzo, al libro. Se modela, se dibuja y se describe, pero la expresión, destello revelador del alma, escapa á los esfuerzos del artista que lucha en vano por comunicar la idea á la materia, esto es, por divinizarla.

En ella luchaba la simpatía y la gracia con la belleza. Era expresiva en todo. Rodeábala,

emanaba y desprendíase de ella, invisible atmósfera de atracción.

Analizada era bella en sus detalles, y en su conjunto hermosa. No sabía uno qué admirar más: la finura aristocrática de sus manos, la corrección del dibujo en sus brazos, la elegancia del talle; del busto, del cuello, la pureza de las facciones, la inteligencia de aquella frente ó la radiación de aquellos ojos soberanos. Hablaba en ella, no la materia imponiéndose á los sentidos y despertándolos y exaltando solamente, hablaba el espíritu revelándose con apasionada, elocuente y arrebatadora expresión.

La belleza y la hermosura tienen una elocuencia suprema, la elocuencia de la armonía.

Comunicad al mármol ó al alabastro la delicada entonación de la carne, trasmitid á la madera ó al bronce el colorido, dad la vida al paisaje, animad la materia con la fuerza y habéis creado. He ahí la misión del artista. Crear! Comunicar parte de su espíritu á su concepción. He ahí también la lucha en que tantos se han estrellado, faltos de energía, de vigos y de voluntad. Doblegase el mármol á la inspiración y cobra bajo el cincel, curvas admirables por su finura. Imita el alabastro las transparencias y redondeces de la carne. Obedece la madera y sus trozos informes adquieren la más pura belleza en sus líneas. Pierde

el bronce su dureza y parece como que las formas en él copiadas van á ceder bajo la presión de vuestra mano. Llega la maestría del dibujo á producir no sólo alucinaciones, sino maravillosa fascinación en la vista de los génios. Afíligánase la materia y con los metales fórmanse obras maestras, que tienen la delicadeza del más, sutil encaje, róbase el nácar á la concha, el oriente á la perla, el esmalte al iris, la movilidad á la onda, el ritmo á la Naturaleza y allí, donde habeis creído reunir en armonioso conjunto, un modelo irreprochable de estética, os encontrais con que habeis copiado y que la copia es pálida y es débil, porque le falta ese misterio supremo que brilla como movimiento en la materia, como luz en los cielos y como inspiración en la mirada que nos revela el alma.

Esa es la expresión.

Y la expresión vuelvo á decirlo, es incopiable. La expresión existe en todo. Es multiforme, indistinta, movable, diversificada, infinita. La expresión es: en la estatuaria el perfil luminoso y la forma correcta, el movimiento desarrollándose y desenvolviéndose en los cuadros de la naturaleza y en los seres, combina y confunde lo uno con lo otro. Necesítase la finura exquisita, encerrando morbideces nerviosas, ondulaciones suaves y llenas de vigor, movimientos que engendren la gracia, fuente

eterna de todas las voluptuosidades. La hermosura suprema es antes que todo, la mayor suma posible de expresión.

La belleza de la forma es como la belleza del ritmo. Misteriosa, alada, magnética. Impónese por la admiración que despierta, por el vértigo que produce, por el éxtasis que provoca y así como la belleza del ritmo es intraducible, la belleza de la forma es inexplicable. La estética no es más que el sentimiento innato, íntimo y profundo de la belleza. Las artes son su modo de ser.

Aquella mujer condensaba en sí la belleza por la estética y la hermosura por la expresión. La muselina que la cubría como que se modelaba sobre sus formas acariciándolas. Las ondulaciones leves, ligeras y suaves del lienzo tenían algo de rítmico. Sus transparencias no revelaban sino parecían encubrir y trataban como de ocultar blancuras immaculadas y virginidades vistas á veces por el artista en las alturas etéreas. El pudor de la carne transmitíase al lienzo estremecido, por no se que castidades soñadas. La mayor delicadeza parece brusca tratándose de acariciar pétalos. La blancura de la azucena es, como la brillantez de ciertas nieves: ambas desafían por su pureza. La mirada como que se detiene, no queriendo imaginar tan sólo, lo que el pensamiento más audaz respeta. El arte, es en ciertos casos

toda una forma de religión, la religión de la belleza. Las ideas parece como que se detienen también ruborizadas, no atreviéndose á analizar el ideal. Las cosas que rodean á ciertos seres, como que se animan, se purifican y que por ellos se apasionan. El lino manifestábase en apariencia como celoso de los misterios sobre los cuales parecía velar, flotando vaporosamente. Hubiérase dicho que trataba de multiplicarse en ondas, rizándose y descomponiéndose en graciosos contornos, para mejor ocultarla. A la vista que observaba parecía rechazarla, diciéndola:

Esta belleza me pertenece!

En los seres humanos la expresión reside principalmente en la voz, en el acento y en la mirada, únicas fuentes por las cuales se revela el espíritu. La expresión de una fisonomía la constituye, la movilidad del semblante y la elocuencia á veces dulce, lánguida, acariciadora, y otras también impetuosa y apasionada. La voz humana, abre un horizonte ilimitado al mundo del arte.

Existen en ciertos acentos flexibilidades llenas de suavidad. Modulase la voz tomando no sé que tonos argentinos. Ese misterio el verbo se convierte en esa forma del ritmo, la melodía. No tratamos aquí la voz artísticamente hablando, sino tan sólo, bajo el aspecto que nos ocupa, esto es su expresión. Vibraciones cris-

talinas parecen comunicarse á la palabra. El volúmen ó la extensión se cambia en la cadencia. Distínguese que la armonía silábica se acentúa con inimitable y arrobadora gracia. Toma el acento todos los tintes de las pasiones, comunicase y trasmítese á él, el suspiro lánguido, la queja tierna, el arrebato impetuoso. El tono en la voz es por así decirlo, como la vocalización del alma. El acento, como el ritmo armonioso é inconsciente del espíritu. La modulación depende en parte de la voluntad. El arte puede educar y educa, pero necesita como base el timbre y este es uno de los modos de ser de la expresión. La voz educada crea las grandes cantantes, las grandes artistas, y entonces el acento humano llega á interpretar las creaciones musicales del génio; pero la flexibilidad, el timbre, la melodía, la dulzura y para expresarlo mejor, la caricia en cubierta y generándose en el acento, es un misterio del alma. La persona que eso produce no siempre conoce lo musical de su voz. Comparando podría decirse, que la expresión es al lenguaje lo que el talento al espíritu. Como en las fisonomías, la expresión es igualmente incopiable é intraducible, en el tono, ó en el acento. En unos séres, exprésase el alma en cadencias, como en otros toma la palabra vivacidad extraña que vigoriza á la frase. La rapidez de locución comunica brillo, altivez, energía á las ideas emiti-

das. La dulzura exprésase también con vibraciones suaves dotadas de no sé que vaga melancolía. Modúlase el lenguaje tomando las notas más tristes, los sollozos más íntimos, las plegarias en forma de frases. A veces parece que el acento suspira, se queja, llora, se estremece, palpita; vibra y se inflama, tomando todos los rumores para condensarlos y todos los gritos desgarradores para modificarlos, expresando en ellos convulsivamente, algo en que se encierra el arrebato y el entusiasmo de la pasión. Brilla la palabra encendida en el fulgor del deseo, arde la frase relampagueando animada por la vida, chispean las ideas envueltas en las letras que parecen tomar colorido y el pensamiento se destaca claro, sereno, límpido, imperioso, imponiéndose y dominándolo todo. El secreto está en la expresión y la expresión es el misterio de la existencia en el verbo. Manifestación infinita de vida, la palabra recorre todos los tonos y copia en sus acentos desde el roce de los tallos, el canto de las aves y el rumor de los besos, hasta el himno lejano de los mundos en los senos misteriosos de la extensión universal.

Ciertos acentos dejan en la vida un recuerdo indeleble. Basta concentrarse y en la memoria local de los sonidos, aparecen como acariciándonos y deleitando el oído. Una mirada puede dejar una impresión eterna y la modulación,

la gracia y la simpatía, por así expresarlo, de un acento, legar un recuerdo imborrable. Es algo como la magia en la palabra, como la inspiración en la poesía, como el tema que aparece y desaparece en las composiciones musicales, acentuándose, vigorizándose y avivándose más, mientras más se escuchan. Ciertas impresiones se multiplican por sí mismas, se amplifican, se extienden y se dilatan avasallando con ímpetu dominador nuestro espíritu. La impresión no discute: manda, impera, sujeta, esclaviza, domina. Subyuga pero de un modo absoluto. Se siente y no se razona. El espíritu ciega en la vida de las pasiones y la inteligencia lucha en vano con el corazón. El pensamiento nada es sino animado por el fuego del deseo, por el odio engendrado por el celo, por el esfuerzo sugerido y producido en nuestro cerebro por la incandescencia que encierra el deleite. Pasión puede traducirse por ímpetu, anhelo, ambición, cólera, despecho, ceguedad, fiebre, locura. Pasiones engendran sensaciones. Derívanse de ellas ideas que copian palidamente su efímera vida y que reflejan palidamente también, las formas variables de las aspiraciones múltiples de nuestro espíritu.

La palabra que dibuja, colora y pinta, nada es. La palabra que hace sentir es todo. Ciertos acentos trémulos, convulsos, conmovidos,

que os impresionan por su graciosa incoherencia ó por su vigor elocuente, encierran esa forma armoniosa en que parece como que se nos exhala el espíritu. No es el ritmo, es la prosa melódica. No tienen la música del verso, sino el temblor emocionado en el cual vibran no sé qué misteriosos trinos, arrancados por el alma á la naturaleza. Es el dolor sin lágrimas, pero en acentos. El arrebató comunicado á las frases. La elocuencia dominadora de las pasiones haciéndose visible aun en el desorden vertiginoso de las ideas. La confusión también es expresiva. El movimiento tempestivoso de nuestro interior, puede reflejarse inconscientemente en nuestra dicción. Es entonces, cuando la palabra puede producir en otros seres, sentimientos idénticos á los que nos agitan. Necesitamos sentir para hacer sentir, é impresionarnos para emocionar. Enciéndese el corazón en el fuego de las pasiones y con fulgor vivísimo, brilla en el cielo de la conciencia, como esas nebulosas composiciones ó descomposiciones infinitas del cosmos, lejanas chispas tal vez de la conciencia eterna. En ese calor inextinguible, reflejo de nuestras ansias, hoguera celeste en la que se deseca el cerebro generando ideas, toma la frase esa forma candente en que habla la pasión.

Lo expresivo de aquella voz nacía sola, única y exclusivamente, de ese misterio, el más

hermoso de todos los misterios del corazón humano: el sentimiento.

La palabra apasionada es la palabra ardiente, vibrante, armoniosa, que conmueve al oír, que arrebat, que enagena, que inspira, que os comunica el sentimiento que la produce, que os despierta las pasiones y que os trasmite aun apesar vuestro, el palpar poderoso é irresistible de un corazón conmovido. El deseo tiene que producir fogosidades. El vigor rapideces concisas en las frases. La represión multiplicidad en las ideas y tonos variadísimos en sus modulaciones. Sin embargo todo lo antes dicho, no dice nada, no copia, no refleja, no expresa ni pálidamente, ni de un modo vago, aquella dulzura en la que las melodías parecían beber con ansia inmensa los tonos suaves, delicados, areos y poéticos con que á veces nos arrulla amorosamente la naturaleza. Todo puede delinearse, modelarse y copiarse, pero nunca el acento en que parece, como que palpita acelerada y apasionadamente un corazón!

Y para pensar y sentir así y no poder expresarlo, había bastado una sola frase, aquel *Me hablabas?* dicho con esa gracia que hace inolvidable la expresión.

X

—Aquí tiene vd. un caso de magnetismo producido por mi voluntad, dijo dirigiéndose-me. Esta mujer duerme, duerme profundamente. El sueño magnético es completo. La insensibilidad puede demostrarse por varios medios; la catalepsia ser parcial ó general; lo mismo los fenómenos de audición y videncia; en la videncia ó distancia encuéntrase entorpecida. Respecto de la adivinación, es un punto que omito estudiar, porque aun dudo. Las acertadas respuestas en ocasiones, pueden ser efectos de la casualidad. Yo solo presento hechos que la ciencia compruebe.

—Todos los magnetizadores presentan iguales estudios. La insensibilidad no prueba más que una interrupción de la vida nerviosa, la videncia á corta ó á larga distancia, no se explica hasta hoy más que con la existencia del alma.

—No necesitamos el espíritu para explicar esos fenómenos. Esa mujer, en ese estado, se ve obligada á pensar con mis ideas y á reflejar mis sentimientos. Es el dominio y el imperio

absoluto de una voluntad sobre otra, hé ahí todo. Su vida nerviosa y su sensibilidad dependen de mí. Oirá y verá lo que yo quiera que vea. Tiene que reproducir mis sensaciones. Lo que yo pienso se ve en el acto reproducido en su cerebro, que copia las imágenes del mio, porque mi fluido nervioso es idéntico en ella. Lo que yo quiero lo quiere, no por la consecuencia que á veces obliga á dos séres ó por la semejanza de los sentimientos: sola y únicamente por el dominio físico de un sér sobre el otro. Las impresiones de su cerebro reflejan únicamente las mías. Su voluntad me obedece, su pensamiento reproduce el mio, sus sentimientos están cambiados en sensaciones que me están subordinadas y por lo mismo, lo que vdes. llaman las facultades del alma, han desaparecido en ella, supuesto que dependen de mi voluntad de una manera absoluta.

—¿Puede vd. explicarme cuáles son los órganos empleados para ver?

—Esos ojos que aparentemente miran en este momento, carecen de mirada. El fluido que los anima es el fluido nervioso por mí transmitido. Su brillo es el brillo de la vida. Como la cámara oscura reproduce los séres ó cosas colocadas ante ella, así ese cerebro reproduce también las imágenes que yo formo en el mio. Lo que yo veo ó he visto, es visto también por ella. Podría decirse que mis ideas se la transmiten

por medio del fluido nervioso, como las personas que se aman se transmiten sensaciones ó sentimientos, como vd. quiera llamarlos por medio de rayos visuales. En su estado normal carece absolutamente de inteligencia, no piensa, no siente, no quiere, no recuerda, es una idiota. Una mujer que tal vez juzgareis hermosa pero imbécil. Solamente en el sueño magnético funciona en ella la vida con sus sensaciones. Cuando termina el estado sonambólico, los ojos pierden su brillo, la voz su expresión, el cerebro el recuerdo y el cuerpo una parte de sus movimientos y de sus funciones. Despierta nada comprende. Es un sér que no puede vivir ó que no vive más que en ese estado. No ha existido en ella la inteligencia y por lo mismo no puede producirse, despertársela ó cultivársela. Hé aquí el caso que estudio. Durante el sueño sonambólico, el estado de percepción para las ideas es bastante poderoso y aun tiene también días de una profunda y admirable lucidez. Cuando hago que este termine no me encuentro más que con un cadáver. ¿Conociais algo semejante?

—Nada absolutamente, le repliqué, distraído y admirando la suavidad de sus perfiles, la artística morbidez de sus formas y las bellezas antes por mí analizadas. Nada absolutamente. El idiotismo producido por ciertas parálisis ó por otras causas, puede curarse; pero el

idiotismo que nace con el sér, lo creo imposible.

—No hay imposibles para la ciencia. El género humano marcha hacia la perfección. La ciencia llegará á destruir las enfermedades destruyendo las causas que las producen. ¿Comprende vd. que viva como yo vivo, abstraído y entregado al estudio? Se trata no solo de producir una inteligencia, trátase también de obtener una voluntad y sobre todo y principalmente de crear un corazón. La creación de una alma es la creación de sus pasiones. Ahí teneis una Galatea, prosiguió indicándomela, no en marmol, en carne, es necesario animarla, vivificarla, hacerla sentir. Poca importaría el sufrimiento, sufriendo sentiría y con el sentimiento vendria despues el goce.

Durante una hora ó poco más, hizo con aquella joven diversas pruebas del dominio ejercido por su voluntad. Produjo la catalepsia parcial y general, obligóla á contestarme á varias preguntas, resolvió algunos problemas matemáticos, leyó en libros abiertos al acaso, en distintas páginas sin tener ante su vista el libro y practicó otras cosas sencillas, que sin embargo, revelaban la vida de la inteligencia. En el estado en el cual se encontraba, era bastante en mi concepto, para revelar la existencia del espíritu. Lo mismo había yo visto producir por varios magnetizadores y por

esa causa, no llamaba ya mi atención, pero lo que me preocupaba, y esto apesar mio, era el estado de imbecilidad en el cual recaía aquel sér, cuando cesaba el sueño sonambúlico.

Cambiamos aun algunas frases y citándonos para uno de los días siguientes, me retiré como me había retirado otras veces. Como otras veces, no.

Van vdes. á reirse de mi y esto sin justicia. Yo estaba inquieto, tan inquieto como si en aquella nueva entrevista, fuera á tratarse de mi persona. El tipo de aquella mujer se había grabado profundamente en mi memoria. Su belleza, belleza incomparable, no produjo la impresión que como ya he dicho, me causó el oírlo.

Aquella voz dulce, insinuante, simpática, expresiva, acariciadora, vibraba todo el día en mis oídos. Luchaba el espíritu con el recuerdo, trataba de que desapareciese y la voz ó su acento ó aquel recuerdo que la copiaba, ya hecho imborrable para el espíritu, vibraba entonces con entonaciones más suaves y melodiosas. Traducía las notas más íntimas, los sollozos más profundos, los reproches más enérgicos y á la vez más candorosos y en medio de su candor, más insinuantes, más atrayentes y más apasionados. Era toda la creación del arte futuro comunicado al verbo. Las notas arrancadas al misterio de la concepción traduciéndose y ex-

presándose, en aquellas caricias producidas por las vibraciones del sentimiento del alma, sentimiento como su creador, divino y eterno, comunicadas al lenguaje ó como las alas de la inspiración á la rima. Era el placer y los dolores del espíritu, convirtiéndose en armonía suprema, para el alma que soñaba ó adoraba aquellas frases, que por su expresión se convertían en ritmos, inolvidables por su dulzura. Ya no deseaba nada el corazón. La había oído y le bastaba. Lo único que podría nuevamente despertar sus aspiraciones, era que aquel recuerdo se volviese eterno.

¿Vivía aquella voz y sus modulaciones y sus incopiabiles y melodiosos acentos en el ambiente que respiraba, como vivía su imagen en la luz producida por aquellos ojos que no me habían mirado y que apesar de eso la delineaban con un tono más delicado y más vaporoso y más ideal que la más vaga y más sutil de todas las creaciones? ¿Vivía tan solo en el recuerdo? ¿Era un espejismo de la memoria? ¿Formaba ya parte inseparable del espíritu? ¿Agitábase acaso en su interior? ¿Poblaba el cerebro con nuevas ideas como el alma con nuevas aspiraciones? ¿Reemplazaba para esa alma la creencia, como el ensueño, como la inmortalidad, como la aspiración vaga, incesante, sin forma y sin expresión posible pues no tiene término alguno que pueda servir para

compararla? ¿Era algo semejante á la sensación aniquiladora que el paso de Dios produciría en el alma? El espíritu renacía de sí mismo, vigoroso, ardiente, inspirado, con el solo recuerdo producido por el timbre, no humano, celeste de aquel acento.

XI

—Vamos, vamos, dijo el juez sonriendo, lo demas se comprende. Puede concretarse la cuestión. Usted se ha enamorado, con justicia ó sin ella, y encuentra censurable lo que ese hombre hace. Nada más natural pero poco lógico.

—Chicoleos, agregó el cura bostezando, chicoleos más ó menos bien expresados. El hombre y la mujer han sido creados para amarse, y según esa ley divina, para la multiplicación de la especie. Inútil es que le ofrezca á vd. mis servicios.

—Pero señores, dije yo á mi turno, no hemos dejado concluir al orador.

—El señor juez me parece que siempre ha de tener la razón de su parte, aun cuando en determinados casos carezca de ella, prosiguió

el cura, llenando las copas. Inspiremos al orador y que continúe.

El juez guardó silencio obsequiando la indicación del cura, hicimos honor á aquella bebida y seguimos fumando.

La noche era lluviosa. Exteriormente el agua cayendo con fuerza, iba acompañando la relación monótona del farmacéutico. El tiempo estaba á propósito para una velada, sobre todo, cuando no tiene uno otra cosa que hacer. El ideal de mis sueños comenzaba á desvanecerse. Las dulces pláticas por mí leídas en el «Quijote,» eran charlas como las que todos tienen. El cura, el juez y el boticario de aquella época, no han envejecido. El génio de Cervantes les inmortalizó por la naturalidad con la cual los dibujara, pero esos tipos de entonces, comparándolos con los tipos de ahora, no han cambiado en esencia. La moda, no teniendo qué inventar, retrocede á veces sobre sí misma y da nueva vida á costumbres olvidadas. Solamente cambian los nombres y los asuntos. Hoy, como entonces, el género humano es el Quijote. El ideal está representado por la libertad, el progreso, la ciencia, etc., etc., pero la mayor parte de las escenas, en aquel libro trazadas, las encontramos diariamente en nuestra vida social. Diariamente tropezamos con Dulcineas y Maritornes en la comedia de la vida. Lo que no es común es el tipo de Sancho. Los

narradores, cualesquiera que sea su nombre, sólo han variado en la pulcritud de las frases. La Academia española lanza todos los años, ante el mundo embebecido, una nueva edición de la Gramática de la lengua, con algunos vocablos conquistados; el Instituto de Francia, dos ó tres problemas científicos que supone resueltos; la Universidad de Berlín, algunos volúmenes para enriquecer las dudas con las cuales combatimos; expídense nuevas patentes de sabios, los astrónomos enumeran las mismas estrellas, los botánicos se cuestionan la propiedad de una hoja, los micrógrafos disputan sobre la posibilidad de la población en una monade, los historiadores estudian los mismos hechos, interpretándolos de diversa manera, los viajeros describen países ya descritos, asegurando que aun estaban inexplorados, y los oradores, desde Demóstenes hasta el humilde farmacéutico de quien nos ocupamos, todos han dicho y repetido frases ó ideas que si no en todo son iguales, son al menos semejantes.

Sin embargo de lo anterior, el progreso humano es innegable.

Estábamos en que el auditorio algo fatigado de aquellas poesías que trascendían á ungüentos, se sublevó. Aquello no era precisamente el océano ante el que ensayaba su palabra fecunda el orador ateniense, lejos estaba de parecerse al parlamento inglés dominado por Sa-

lisbury, á la Cámara francesa subyugada por la elocuencia de Gambetta, á las cortes españolas entusiasmadas por Martos ó Castelar, ó á nuestras Cámaras, conmovidas por todo ó por nada; pero había allí un auditorio y un orador. El juez, el cura y mi humildísima personalidad, es decir, tres conciencias desácordes; el humo de nuestros cigarros, envolviéndonos en su azulada atmósfera, representando los sueños de nuestras existencias; el alcohol, vivificándonos y animando las pupilas con artificial brillo, el velón, consumiéndose como la imagen del tiempo; algunos periódicos, representando eso que llaman el eco de la opinión pública; nuestra ociosidad escuchando sandeces, y la inspiración vagamente representada en débiles relámpagos, que no podían romper con su lánguida luz, los cortinajes de las telarañas puestos sobre los vidrios.

—Aquel acento, prosiguió el farmacéutico.

—Se prohíben nuevas digresiones sobre el acento, la voz y otros ruidos, interrumpió el juez.

—Es preciso dejar una libertad absoluta para la emisión de las ideas, agregué yo, que generalmente hablo poco, porque nada sé ó por lo mucho que ignoro.

—Sobre todo, murmuró el cura, siempre soñoliento; sobre todo, cuando se trata de una voz que como la de la mencionada joven, ins-

piraba al señor sentimientos tan nobles é ideas tan poéticas. Siempre seré yo ó mi santo ministerio, quien desenlace la historia.

—Pero señores, replicó el boticario algo impaciente, mi narración puede ocultar un fondo simbólico, y cuando yo me refiero al acento, es como cuando los poetas se refieren á la forma de la inspiración. ¿Quién de vdes. puede definir-la?

—La inspiración, dijo el cura. ¿Quién puede dudar que era la voz de Dios hablando por la boca de sus profetas?

—¿Cómo la inspiración? interrogó el juez con voz severa. Es á no dudarlo la voz de la justicia, es decir, la expresión de la ley.

—La fuente de toda inspiración reside en el pueblo, agregué yo por hablar algo. En él inspirábase Shakespeare.

—Yo no sé como hablarían los profetas, cuáles interpretaciones podrán darse á la ley y lo que residirá ó no residirá en el pueblo. Sólo sé las impresiones que aquella voz producía en mí. Sólo sé que representaba una de las formas de la inspiración, así como para otro pueblo encontrarse en la contemplación de un paisaje, en el dibujo de un cuadro ó en la creación de una obra. Una de las más hermosas manifestaciones del espíritu es la palabra. La palabra traduce las ideas, las impresiones y los actos. Todos los seres hablan, pero no con

igual acento ó expresión y el arrullo de la paloma así como el trinar de las aves.....

—Esos son romanticismos, interrumpió nuevamente el juez. Vd. nos está contando un cuento, una novela ó como vd. quiera llamarla. El exceso del romanticismo produce lo que podríamos llamar *sensiblería*. Vd. se enamoró, el cura le ofrece sus servicios, yo pediré la muchacha, se casan y cuento acabado.

—Así hablaban los profetas, repuso en el acto el cura llenando las copas.

Libamos, y por segunda vez, el farmacéutico orador, dominó las interrupciones quedando dueño del campo. La discusión copiaba de un modo gráfico la elocuencia casi casi tormentosa de nuestras Cámaras.

XI

Vivía en mi mente el recuerdo de aquellas formas y sus bellezas, ardía ante mis ojos el fulgor vivísimo de sus miradas y la expresión variable que les daban sus pasiones, soñaba con los ensueños por aquellos recuerdos producidos y su voz dulce, apacible, expresiva y

poética, vibraba físicamente en mis oídos y como intelectualmente en el espíritu. La contemplación interna de aquellas formas despertaba el deseo, su hermosura la admiración, las pasiones visibles en sus pupilas, pasiones semejantes en mi alma, la concentración en esas ideas algo parecido al éxtasis religioso y aquella caricia encubierta en su acento, arrebatos y entusiasmos que creaban y multiplicaban nuevas sensaciones para la vida inteligente de mi sér. El ideal por entonces representábase para la existencia de la Tierra, en aquella mujer. Luchaba el instinto trasformado en deseos con la inspiración trasformada en ideas. Yo quería poseer aquellas formas para acariciarlas incesantemente, ver ante mis ojos aquellos ojos de un modo eterno, soñar lo que ella soñaba, fundir las aspiraciones de su alma con mis más íntimas aspiraciones, amar lo que ella amase, prescindir de mis pensamientos absorbidos en los suyos, avivar su existencia física y producir en ella la existencia moral de la que carecía. Dar el alma para aquella otra alma. Hacer latir aquel corazón como latía el mio. Comunicarle la electricidad de mis nervios y las ideas de mi cerebro, para hacerla vivir con la vida angustiosa que yo vivía. Hacerla gozar y sufrir haciéndola sentir. Hacerla amar si es que yo amaba, aun cuando en mi concepto aquello no era amor.